



## PRÓLOGO

---

### UNA VISITA PARA LA REINA

**E**l calabozo era un lugar deprimente. La luz, escasa, titilaba desde las antorchas atornilladas a las paredes de piedra. Gotas de agua hedionda provenientes del foso que bordeaba el palacio caían desde el techo. Ratas de gran tamaño se perseguían entre sí por el suelo para buscar comida. Este no era lugar para una reina.

Era pasada la medianoche, y todo estaba en silencio, excepto por algún que otro ruido de cadenas. A través del silencio profundo, el eco de unas pisadas resonó en los pasillos mientras alguien bajaba por la escalera en espiral y entraba en el calabozo.

Una joven apareció al pie de la escalera, cubierta de pies a cabeza con una capa larga color esmeralda. Atravesó la fila de celdas con cuidado, despertando el interés de los prisioneros que se encontraban dentro. Con cada paso que daba, su caminata se hacía cada vez más lenta, y su corazón latía cada vez más rápido.

Los prisioneros estaban ubicados según el crimen cometido. Mientras más se adentraba en el calabozo, más crueles y peligrosas eran las personas encarceladas.

La joven tenía la vista puesta en la celda que se encontraba al final del pasillo, donde un prisionero de especial interés estaba bajo la custodia de una numerosa guardia privada.

Había venido a hacerle una pregunta. Era una pregunta simple, pero no podía evitar pensar en ella todos los días; la mantenía despierta por las noches y era con lo único que soñaba cuando lograba dormirse.

Había una sola persona capaz de darle la respuesta que necesitaba, y esa persona estaba al otro lado de la prisión, detrás de las rejas.

–Quisiera verla –le dijo la joven encapuchada al guardia.

–Nadie tiene permiso para hacerlo –respondió el hombre, con un tono algo burlón ante el pedido–. Tengo órdenes estrictas de la familia real.

La joven dejó caer la capucha y descubrió su rostro. Tenía la piel blanca como la nieve, el cabello negro como el carbón y los ojos verdes como el bosque. Su belleza era famosa en todo el reino, y su historia era conocida mucho más allá de sus fronteras.

–¡Su Majestad, perdóneme por favor! –se disculpó el



guardia, sorprendido. Se apresuró a hacer una reverencia exagerada-. No esperaba que viniera nadie del palacio.

-No es necesario que se disculpe -replicó ella-. Pero no le cuente a nadie sobre mi presencia aquí esta noche.

-Por supuesto -dijo el guardia asintiendo con la cabeza.

La mujer se paró frente a las rejas, esperando que las levantaran, pero el guardia vaciló antes de hacerlo.

-¿Está segura de que quiere entrar ahí, Su Alteza? -preguntó el soldado-. Nadie sabe lo que ella es capaz de hacer.

-Debo verla -respondió la mujer-. Sin importar el riesgo.

El guardia comenzó a girar una gran palanca circular, y las rejas de la celda se alzaron. La mujer respiró profundamente e ingresó a otro recinto.

Recorrió un pasillo más largo y oscuro que los anteriores, donde, a medida que avanzaba, varias rejas se alzaban y volvían a cerrarse después de su paso. Finalmente, atravesó la última, llegó al final del pasillo, y entró en la celda.

El prisionero era una mujer. Estaba sentada en una banca en el centro de la celda, con la vista fija en una ventana pequeña. Esperó unos minutos antes de notar la presencia de la visita detrás de ella. Era la primera vez que alguien la visitaba, y supo quién era sin tener que mirarla; solo podía tratarse de una persona.

-Hola, Blancanieves -dijo la prisionera con suavidad.

-Hola, Madrastra -respondió Blancanieves con un temblor nervioso en la voz-. Espero que estés bien.

Aunque había ensayado lo que quería decir con exactitud, ahora le parecía prácticamente imposible hablar.

-Me han dicho que ahora eres la reina -comentó su madrastra.



–Es cierto –dijo Blancanieves–. He heredado el trono tal como quería mi padre.

–Entonces, ¿a qué debo este honor? ¿Has venido a ver mi decadencia? –su voz era tan autoritaria y poderosa que se la conocía por hacer que los hombres más fuertes se derrieran, como si estuvieran hechos de hielo.

–Al contrario –respondió Blancanieves–. He venido a intentar comprender.

–¿A comprender *qué*? –preguntó su madrastra con dureza.

–Por qué... –Blancanieves vaciló un momento–. Por qué hiciste lo que hiciste.

Al decir esas palabras, Blancanieves sintió como si tuviera un peso menos sobre los hombros. Al fin había podido hacer la pregunta que la atormentaba. La mitad del desafío había terminado.

–Hay muchas cosas sobre este mundo que no comprendes –respondió su madrastra y se dio vuelta para mirarla.

Era la primera vez en mucho tiempo que Blancanieves le veía la cara. Era el rostro de alguien que una vez había tenido una belleza perfecta y que también había sido reina. Ahora, la mujer que estaba sentada frente a ella era solo una prisionera, cuya expresión se había convertido en un ceño fruncido permanente y triste.

–Puede ser que tengas razón –replicó Blancanieves–. Pero ¿puedes culparme por tratar de encontrar algún tipo de razón detrás de tus actos?

Los últimos años de la vida de Blancanieves se habían convertido en los más escandalosos del reino en toda la historia de la realeza. Todos sabían el cuento de la bella princesa que se había escondido junto a los siete enanitos de



su madrastra celosa. Todos conocían la historia de esa infame manzana envenenada y del apuesto príncipe que había salvado a Blancanieves de una muerte falsa.

La historia era simple, pero las repercusiones no. Aunque tenía un matrimonio nuevo y un reino en el que ocupar su tiempo, Blancanieves se solía preguntar de forma constante si las teorías sobre la vanidad de su madrastra eran ciertas.

Había algo dentro de la nueva reina que se negaba a aceptar que alguien pudiera ser tan malvado.

-¿Sabes cómo te llaman allí? -preguntó Blancanieves-. Al otro lado de las paredes de esta prisión, el mundo te conoce como la *Reina Malvada*.

-Si ese es el nombre que eligieron para mí, entonces ese es el nombre con el que tendré que vivir -dijo la Reina Malvada-. Una vez que el mundo ha tomado una decisión, no hay mucho por hacer para que su opinión cambie.

Blancanieves estaba asombrada por lo poco que le importó, pero ella necesitaba que a su madrastra le importara. Necesitaba saber que aún había algo de humanidad en ella.

-¡Querían ejecutarte cuando descubrieron los crímenes que cometiste contra mí! ¡Todo el reino te quería muerta! -su voz se volvió un susurro débil mientras luchaba contra las emociones que crecían en su interior-. Pero no iba a permitirlo. No pude...

-¿Se supone que debo agradecerte por haberme salvado? -preguntó la Reina Malvada-. Si estás esperando que alguien se ponga de rodillas y exprese gratitud, te has equivocado de celda.

-No lo hice por ti. Lo hice por mí -replicó Blancanieves-.



Te guste o no, eres la única madre que he conocido. Me niego a creer que eres un monstruo sin alma como asegura el resto del mundo. Sea verdad o no, yo creo que hay un corazón en lo más profundo de tu ser.

Las lágrimas caían sobre el rostro pálido de Blancanieves. Se había prometido que iba a ser fuerte, pero había perdido el control de sus emociones ante la presencia de su madrastra.

–Entonces, me temo que te equivocas –dijo la Reina Malvada–. La única alma que he tenido murió hace mucho tiempo, y el único corazón que encontrarás en mi posesión es un corazón de piedra.

La Reina Malvada realmente tenía uno, pero no en su cuerpo. Una piedra del tamaño y la forma de un corazón humano estaba sobre una mesa pequeña en la esquina de la celda. Fue el único objeto con el que le permitieron quedarse cuando la arrestaron.

Blancanieves reconoció la piedra porque la había visto durante su infancia. Siempre había sido muy valiosa para su madrastra, y jamás la había perdido de vista. Nunca le había permitido a Blancanieves tocarla o sostenerla, pero ahora nada se lo impedía.

Atravesó la celda, tomó la piedra, y la observó con curiosidad. Le traía muchos recuerdos. Toda la falta de atención y la tristeza que su madrastra le había causado cuando era una niña le recorrieron el cuerpo.

–Toda mi vida quise solo una cosa –dijo Blancanieves–. Tu amor. Cuando era una niña, pasaba horas escondida en el palacio esperando que notaras mi ausencia, pero nunca lo hiciste. Pasabas los días en tu habitación con tus espejos, tus cremas para la piel y esta piedra. Pasabas más tiempo



con extraños que tenían métodos rejuvenecedores que con tu propia hija. Pero ¿por qué?

La Reina Malvada no respondió.

–Intentaste matarme cuatro veces, tres de las cuales fueron bajo tu propia mano –continuó Blancanieves, incrédula, negando con la cabeza–. Cuando te disfrazaste de anciana y apareciste en la casa de los enanos, sabía que eras tú. Sabía que eras peligrosa, pero, aun así, te dejé entrar. Seguía esperando que cambiaras. Dejé que me lastimaras.

Blancanieves no le había confesado esto a nadie, y no pudo evitar hundir la cara entre sus manos y llorar después de haber mencionado esas palabras.

–¿Crees que *tú* sabes lo que es el sufrimiento? –preguntó la Reina Malvada tan bruscamente que su hijastra se sobresaltó–. No sabes *nada* sobre el dolor. No recibiste afecto de mi parte, pero desde el momento en que naciste, fuiste amada por todo el reino. *Otros*, sin embargo, no son tan afortunados. A *otros*, Blancanieves, a veces les arrebatan el único amor que han conocido.

Blancanieves no sabía qué decir. ¿A qué amor se refería?

–¿Estás hablando de mi padre? –preguntó.

–La inocencia es un rasgo tan privilegiado –repuso la Reina Malvada cerrando los ojos y negando con la cabeza–. Lo creas o no, yo tenía mi propia vida antes de entrar en la tuya.

Blancanieves se quedó en silencio, un poco avergonzada. Por supuesto que sabía que su madrastra había tenido una vida antes de casarse con su padre, pero nunca se había preguntado en qué había consistido. Su madrastra siempre había sido tan reservada que Blancanieves nunca tuvo motivos para hacerlo.



–¿Dónde está mi espejo? –preguntó la Reina Malvada.

–Lo van a destruir –respondió Blancanieves.

De pronto, la piedra de la Reina Malvada se volvió más pesada en la mano de Blancanieves. No sabía si eso realmente estaba sucediendo o si solo se lo estaba imaginando. Se le cansó el brazo por sostener el corazón de piedra, y tuvo que dejarlo a un lado.

–Hay tantas cosas que no me cuentas –dijo Blancanieves–. Me has estado ocultando tantas cosas durante todos estos años.

La Reina Malvada bajó la cabeza y miró al suelo. Permaneció en silencio.

–Debo ser la única persona en el mundo que siente compasión por ti. Por favor, dime que no es en vano –suplicó Blancanieves–. Si hubo hechos de tu pasado que influenciaron tus decisiones recientes, por favor, explícamelo.

Aún no había respuesta.

–*¡No me iré de aquí hasta que me lo digas!* –gritó, levantando la voz por primera vez en su vida.

–De acuerdo –dijo la Reina Malvada.

Blancanieves tomó asiento en otra banca que había en la celda. La Reina Malvada esperó un momento antes de comenzar, mientras la expectativa de su hijastra crecía.

–Siempre idealizarán tu historia –le explicó–, pero nadie le daría otra oportunidad a la mía. Seguiré siendo humillada y tratada simplemente como un villano grotesco, hasta el fin de los tiempos. Pero el mundo no comprende que un *villano* es solo una *víctima* cuya historia no ha sido contada. Todo lo que he hecho, mis esfuerzos y los crímenes que cometí, fue todo por *él*.





El corazón de Blancanieves se entristeció. La cabeza le daba vueltas y la curiosidad se había apoderado por completo de su cuerpo.

-¿Por quién? -preguntó, tan rápido que olvidó ocultar la desesperación en su voz.

La Reina Malvada cerró los ojos y dejó que los recuerdos salieran a la superficie: imágenes de lugares y personas del pasado surgieron de las profundidades de su mente, como luciérnagas en una cueva. Había visto tantas cosas en su juventud, tantas cosas que desearía recordar, y tantas otras que desearía olvidar.

-Te contaré sobre mi pasado, o al menos sobre el pasado de alguien que alguna vez fui -dijo la Reina Malvada-. Pero te advierto algo: mi historia no termina con un *felices por siempre*.